

EPÍLOGO

Breve semblanza de Héctor Arrese Igor

In memoriam

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero*

Miguel Hernández, "ELEGÍA"

Conocí a Héctor Arrese Igor cuando estudiábamos ambos en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, a inicios de los años noventa. Recuerdo que coincidimos en la cursada de una materia del área pedagógica, y decidimos armar una estrategia común para aprobar todo el bloque de materias didácticas juntos. Además de convertir una experiencia densa en algo divertido, de esos encuentros de estudios fue surgiendo una gran amistad.

Héctor era una persona entrañable; aun en momentos difíciles para él, mantenía su sonrisa franca y hospitalaria para con el otro. Le gustaba muchísimo hablar, por horas y horas, y de muchos temas, desde la filosofía alemana del siglo XIX, la literatura o el cine, hasta los recuerdos de infancia y adolescencia. Siempre adoptaba una actitud didáctica extremadamente respetuosa, para compartir con los demás todo lo que sabía. Además, era muy generoso (recuerdo una vez en que lo consulté por una duda en la obra de Johann G. Herder, mientras escribía sobre el telurismo en Ricardo Rojas... ¡y recibí inmediatamente varios libros scaneados y artículos académicos...!; eran tantos que hubiera necesitado abandonar por un largo período mi investigación sobre el ensayo argentino).

Con gran sencillez y transparencia, sabía suscitar enseguida una conversación filosófica, al mismo tiempo muy personal y muy profunda, que ejemplificaba a cada paso la idea de una "filosofía para la vida". Con su palabra, el mundo se llenaba de sentidos sociales, políticos, éticos y/o estéticos; pero además, sus juicios iban siempre muy cargados de afecto. Por eso, en las antipodas de un academicismo exigente y frío, su erudición se acompañaba de una gran carga de sentimiento y de humildad, poniendo en acto el reconocimiento del otro implícito en la filosofía progresista de autores como Paulo Freire (a quien leí de joven, precisamente gracias a él, por entonces tan receptivo de la Filosofía y de la Teología de la Liberación).

En los treinta años en que fuimos amigos, recuerdo con detalle algunas reflexiones compartidas que me marcaron a fuego, y que espero me acompañen por mucho tiempo. Una vez hace

años, hablando sobre el existencialismo de Albert Camus, me dijo el mejor cumplido que podría haber recibido: que yo era la persona más ética que conocía. Lo sentí entonces —y lo siento ahora— como una honra excesiva, pero también como un mandato, y solo espero seguir esforzándome por no contradecir demasiado semejante observación.

Llevaba una vida solitaria y consagrada al estudio, dedicándole muchas horas a la preparación de sus clases y a su trabajo para el CONICET. Compartiendo en parte su gusto por el estudio, yo solía bromear señalándole el paralelo inquietante entre la investigación y el retiro conventual, como forma moderna y secularizada del antiguo sacerdocio. Pero lo que para otro hubiera sido un camino doloroso, por la soledad de ese “retiro”, en la vida de Héctor se transformaba en un vergel. Mientras a la mayoría de las personas nos pasaban cosas “trascendentes” tales como formar o disolver un vínculo amoroso, concebir un hijo o sufrir un desengaño, a Héctor le pasaban cosas “trascendentes” como redescubrir autores en los que se sumergía con devoción. Recuerdo que una vez decidió que sus vacaciones de verano consistirían en degustar lentamente *The Paradise Lost* de John Milton, y “viajó” a ese paraíso literario, deleitándose con la lengua inglesa del siglo XVII, con tal fruición que casi diariamente me contaba sus hallazgos asombrosos en ese “Jardín de las delicias”.

Fanático del cine tanto como de la literatura inglesa y alemana, Héctor era capaz de ver un mismo film varias veces en una misma semana (me consta porque, entre otras tantas películas, accedió a acompañarme a ver *Dunkerque* de Christopher Nolan, aunque él ya la había visto tres veces en los últimos días, fascinado con el homenaje al cine mudo implícito en ese precioso film).

Esa misma pasión se volcaba con creces sobre sus temas de estudio desde hacía años, especialmente sobre la filosofía política de Johann G. Fichte y de Hermann Cohen, de quienes reconstruía sus argumentos con minucia, buscando obsesivamente —además— el equilibrio entre su necesidad de ser fiel ante conceptos filosóficos complejos, y la claridad necesaria para brindar una explicación didáctica para los “neófitos” en el tema, como yo. Que la pasión que ponía por sus lecturas de verano o por el cine se revelase sobre todo frente a los autores objeto de sus clases y de su investigación académica, confirmaba su vocación por el estudio, su voracidad —diría incluso— por la búsqueda de sentidos. Creo que en esa pasión (en esa voracidad) nos reconocíamos, hermanados por la misma sed, aunque nuestros temas de interés fueran diferentes.

Su interpretación de esos autores dejaba entrever, bajo las mediaciones del trabajo académico, su propio compromiso ético y político como intelectual, e incluso su propio compromiso con la integridad de lo humano. Así por ejemplo, su calurosa defensa del respeto por el otro en la filosofía de Fichte convergía con su propio respeto por el otro en general, tangible cotidianamente en sus actos. De hecho, en él había más que respeto por el otro: Héctor tenía una gran capacidad para la empatía, e incluso para la compasión, tan valorada por el Budismo (así por ejemplo, no puedo olvidar cómo, luego de una enfermedad grave de mi hijo —ya superada completamente—, y de otras pérdidas dolorosas que padeció mi pequeña familia, Héctor hacía el ejercicio constante de ponerse en el lugar de mi hijo, subrayando la fortaleza y la madurez de éste para superar las dificultades con entereza, pero al reconocer la riqueza del otro no hacía más que mostrar su propia riqueza interior).

Muy crítico de la psicología tradicional (al punto de descreer sinceramente de la psicoterapia), Héctor apelaba a la filosofía no como una mera disciplina académica, sino como un modo de entenderse a sí mismo y al mundo, y confiaba en el cultivo de los valores con un sentido trascendente, casi religioso, aunque se había distanciado de la formación católica de su infancia. Conmigo —atea y de familia vinculada al marxismo— solíamos discutir sobre las ideologías que han sustituido el papel ético desempeñado históricamente por la religión, y en esas charlas se percibía su devoción por la filosofía como faro en la búsqueda de su propio crecimiento espiritual.

En los últimos años hablábamos no solo de nuestras vidas, de política, o de nuestros trabajos de investigación, sino también de los nuevos temas que nos apasionaban a ambos: el Budismo, la meditación y la psicología gestáltica (de la cual Héctor sabía mucho más que yo). Una vez perdimos la noción del tiempo: a las 4 de la mañana, descubrimos que hacía cinco horas que estábamos reflexionando sobre la importancia del juego para sentirnos libres, y mantener despierto/a nuestro/a niño/a interior, que custodiaría hasta el final de nuestros días nuestra capacidad de asombro frente al mundo.

Especialmente cuando se enfermó y falleció mi papá (luego de varios golpes duros en mi vida, fuertes y seguidos), Héctor estuvo muy presente, brindando un sostén afectuoso que solo los mejores amigos son capaces de dar. Y cuando —poco después— también él se enfermó, quise retribuirle como pude el apoyo invaluable que me había dado. Por eso, entre otras cosas, lo invité a sumergirse en la práctica del *Chi Kung*, que alcanzó a disfrutar con pasión —como todo lo que él hacía—, y lo contacté con una médica nutricionista, que también se esforzó por ayudarlo a recuperar su salud. Tanto entre mi grupo de compañeros de *Chi Kung*, como con esta médica, Héctor —no podía ser de otro modo— estrechó rápidamente lazos entrañables de afecto. Pero esta ayuda llegó tarde, o fue insuficiente, o ambas cosas.

Nos vimos en Berlín en enero de 2020, unos pocos días antes de que se agravara su enfermedad, y también unos pocos días antes de que se iniciara esta larga y dolorosa pandemia que enrareció el mundo. Cada uno había viajado con una beca de estudio, y nos encontramos fugazmente por allí. Lo noté muy cansado, a pesar de la enorme alegría que implicaba para él volver a encontrar a sus amigos alemanes, y recorrer lugares muy queridos, conocidos hacía años al cursar su doctorado. No pude prever la inminencia de su partida, ni la inminencia de la pandemia (que ha implicado otras partidas dolorosas para muchos, y que ha dificultado —y tanto— el procesamiento de este tipo de pérdidas).

No tuve la suerte de tener hermanos, pero tuve el privilegio de descubrir, gracias a personas como Héctor, una de las mejores formas de la fraternidad. Me gusta pensar en nuestra amistad como en la ceremonia del cine que Héctor podía repetir *ad infinitum*. Volver —como ahora, mientras escribo— a narrarme las cosas importantes que hablamos, atesorándolas para cuando necesite aliento, como quien atesora uno de los mejores films de la historia del cine, recordando una y otra vez los diálogos luminosos que pueden volver a darle sentido al mundo.

Alejandra Mailhe

La Plata, junio 2021